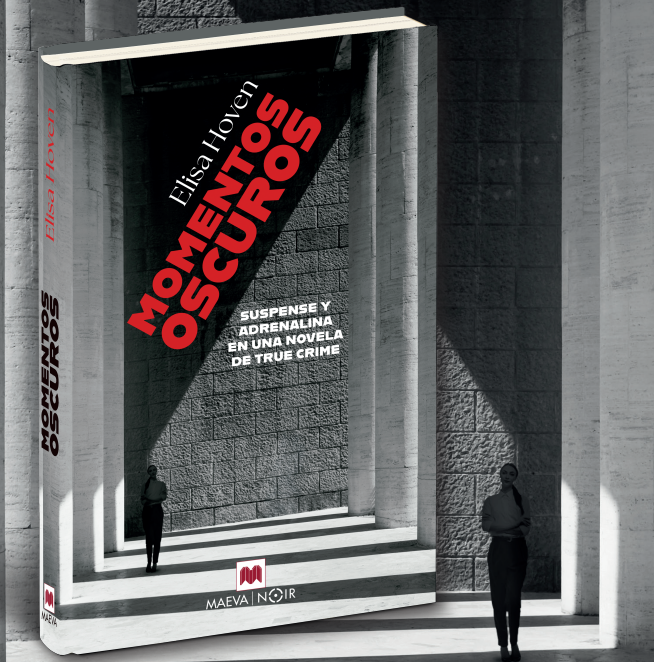


**COMIENZA A LEER NUEVE CASOS
DE TRUE CRIME QUE PONEN
AL LECTOR CONTRA LAS CUERDAS**



**UNA INMERSIÓN EN EL COMPLEJO MUNDO
LEGAL Y LAS BATALLAS INTERNAS
DE QUIENES LO HABITAN**



MAEVA | NOIR

LOS NUEVE CASOS REALES DE LA NOVELA:

- LEGÍTIMA DEFENSA
- DEJAR VIVIR
- NIÑOS SOLDADO
- SAL
- EL CANÍBAL
- LEGADO
- VIOLACIÓN
- LA CONFESIÓN
- STEFAN HEINRICH

Una novela aplastante sobre los dilemas éticos y morales de cada individuo, sobre cómo ley y justicia no necesariamente son lo mismo.

Frankfurter Rundschau

Primer caso: Legítima defensa

Octubre de 2021

ADRIAN SUDA. SE frota las manos húmedas contra los vaqueros e intenta controlar la respiración. Inhalar cuatro segundos, retener el aire otros siete y exhalar ocho, así se lo explicó Bogdan. Su hermano tiene cinco años más que él. Sacó a Adrian de Rumanía, se lo llevó a Alemania y le enseñó todo lo que hay que saber. En Videle, donde viven sus padres, no hay trabajo ni futuro para ellos. Aquí está mejor, aunque tenga que compartir habitación con Bogdan en un piso de vivienda social. Durante el verano lo contratan en el campo, pero la cosecha ya ha acabado al llegar la siguiente estación.

Adrian espera en su escondite desde hace más de una hora. Fuera ya es casi de noche. La villa es enorme, tiene columnas en la entrada y una piscina en el jardín. Y eso que en Alemania el clima es horrible. Adrian meneaba la cabeza. Si él tuviera tanto dinero, lo invertiría en coches, cuatro por lo menos, y fijo que uno sería un Lamborghini. Mira el reloj; el viejo debería haber llegado

hace rato. No es la primera vez que Adrian hace esto y, aun así, no deja de sudar. En una ocasión lo pillaron. La policía le tomó los datos y luego lo dejó marchar. Tiene que pararse a contar: de eso hace ya casi medio año y todavía no le ha llegado nada del juzgado.

De pronto oye algo. El sonido de unos neumáticos sobre la gravilla, un coche que sube por el camino de entrada. Se lleva la mano al bolsillo de la cazadora una última vez para asegurarse: el cuchillo sigue donde debe estar. Un señor mayor se apea del vehículo con dificultad, saca un bastón y un maletín del asiento trasero. Bogdan no le dijo que el hombre estaba tan decrepito. Podría haberse ahorrado el cuchillo. El viejo cierra la puerta del coche y se coloca el maletín bajo el brazo. Adrian observa todos sus movimientos y se pone el pasamontañas. El hombre ha llegado a la puerta de la casa y mete la llave en la cerradura. Todavía no, debe tener paciencia. La puerta se abre, el viejo da un paso en el vestíbulo. Es el momento: Adrian sale de los setos y en cuestión de segundos se planta junto al hombre, lo empuja hacia el interior de la casa y cierra la puerta.

El viejo está en el suelo. Sostiene el maletín ante el cuerpo como para protegerse, el móvil se le ha caído del bolsillo y con una patada Adrian lo manda debajo de una estantería. Reconoce el miedo en la mirada de las personas a las que asalta. Se ha acostumbrado a ello, forma parte del robo, y la cosa es rápida, él siempre se da prisa. Pero en la mirada de ese hombre hay algo más, algo que no le gusta. Desprecio.

Se saca el cuchillo de la cazadora y se lo planta delante de la cara. Ahora ya solo ve miedo. Cómo se atreve ese viejo a juzgarlo si no sabe nada de él; de su vida en Videle, donde la gente no tiene villas con piscina. Quién tiene la villa y quién el cuchillo es algo que ha decidido la casualidad, o el destino, si se quiere, pero no Adrian.

—Dame la llave de la caja fuerte. ¡Venga!

Pronuncia las frases ensayadas en alemán sin ningún error. No puede ocultar su acento, pero no le importa. En Alemania nadie logra identificarlo, muy pocos saben que el rumano suena como el italiano.

El cuchillo no ha perdido su eficacia. El hombre asiente y dice algo que Adrian no entiende.

—¡Venga, vamos! —insiste.

Ayuda al viejo a ponerse de pie, que entonces señala una caja para llaves que hay colgada en la entrada. Adrian tira de él hacia allí. Es lento, tiene que agarrarlo del brazo con fuerza para conseguir que se mueva. Al hombre le tiemblan las manos al apuntar hacia una llavecita que hay justo en una esquina de la caja. Adrian le da un puñetazo en el estómago, el viejo cae al suelo y no se mueve. Se quedará ahí hasta que termine.

—Como digas una palabra, te mato.

Y le tira el bastón por la escalera del sótano.

Se supone que la caja fuerte está arriba, en el dormitorio. Mirela se lo ha explicado todo con detalle. Es la novia de Bogdan y limpia en la casa del viejo. En negro, claro, y ni siquiera por el salario mínimo. Mirela echó un vistazo y vio muchas antiguallas, jarrones, cuadros; pero

luego encontró la caja fuerte dentro de un armario. Si el golpe sale bien, se llevará un veinte por ciento. Es lo justo, porque, al fin y al cabo, es Adrian quien hace todo el trabajo. Sube la escalera hasta la primera planta. El dormitorio tiene moqueta roja y un espejo encima de la cama. Cuesta imaginar que en ese colchón siga pasando nada, pero el dinero lo compra todo. Abre el armario y aparta los trajes a un lado; todo está tal como dijo Mirela. ¿Eso ha sido un ruido? Se detiene un momento a escuchar. Debe de haberse confundido, no se oye nada. Mete la llave en la cerradura de la caja e intenta girarla. No abre. El viejo lo ha engañado. Adrian baja la escalera a paso rápido; la siguiente llave será la correcta, ya se encargará él de eso... Pero en el vestíbulo no hay nadie. Mira alrededor, el lisiado no puede haberse ido muy lejos. El hombre sale entonces del salón. Se tambalea un poco, pero Adrian enseguida ve lo que tiene en las manos. Es un arma alargada, una de esas escopetas que se usan para cazar, y lo apunta con ella sin vacilar. Adrian levanta las manos y retrocede despacio en dirección a la entrada.

—¡Quieto ahí! —exclama el hombre con una voz tan cargada de ira que hasta le tiembla.

Adrian nota el pomo de la puerta contra la espalda.

—Ya me voy.

Tiene que impedir que al viejo se le vaya la pinza. Baja una mano con cuidado y agarra el pomo. No le quita el ojo de encima, tiene al hombre delante con la escopeta en posición de tiro. Abre la puerta despacio y empieza a

salir paso a paso. Por fin da media vuelta y quiere echar a correr, pero entonces oye un chasquido y nota un dolor penetrante en la espalda. Nada más. Intenta caminar, pero las piernas ya no le obedecen y se desploma en la gravilla. El cuchillo se le cae de la cazadora, no logra alcanzarlo.

El viejo le ha disparado. Entonces experimenta una sensación nueva: en su cuerpo se abre un agujero negro. De pronto, Adrian comprende lo que ocurre. Va a morir. Solo, en el jardín delantero de un desconocido. Piensa en su madre, que ha estado presente en todos los momentos importantes de su vida: el primer día de colegio, los partidos de fútbol, esa operación dental que le daba tanto miedo. ¿Cómo puede no estar con él ahora? Le cuesta mucho mantener los ojos abiertos, pero ve que el viejo se acerca. Tal vez no sea demasiado tarde, tal vez el hombre sea médico y pueda salvarlo. Lo último que nota es una patada en el estómago. No muy fuerte, pero sí lo suficiente para hacerle perder el conocimiento.

PERIÓDICOS

Febrero de 2022

EL HOTEL ERA una pesadilla. Me había sentado en una silla de plástico junto a la piscina porque todas las tumbonas estaban ocupadas, la mitad por personas y el resto por toallas descoloridas a fuerza de lavados y horas al sol. El bufé del desayuno no había cerrado

todavía y el personal ya estaba preparando la comida. Después sacarían café y pasteles, luego el bufé de la cena y por último un picoteo de medianoche. En el Maspalomas Royal se podía comer las veinticuatro horas si se quería. Y beber. La noche anterior había intentado conseguir un Martini, pero no lo logré. En lugar de eso, me enviaron a una máquina en la que ya se había formado cola. Apretabas un botón y salía piña colada, *sex on the beach* o caipiriña. Aquella mañana también había clientes poniendo vasos de plástico transparente bajo el surtidor desde primera hora. Para mí, todo aquello era demasiado: demasiado alcohol, demasiada comida, demasiadas personas.

Peter estaba sentado a mi lado y hojeaba el programa de actividades del hotel. Baile en grupo por las mañanas, vóleybol o bingo por las tardes. Por las noches, discoteca juvenil y un espectáculo de danza. Pero no podíamos quejarnos. Cuando Sigrid y Gerd Schöller, antiguos amigos nuestros de la universidad, nos propusieron ir juntos de vacaciones a Gran Canaria, les dejamos a ellos toda la planificación. Peter estaba en plenos exámenes de la facultad y yo tenía que ocuparme de un caso importantísimo en el bufete. Había sido un alivio que los Schöller se encargaran de hacer las reservas. Era la tercera vez que iban a ese resort: un clima fantástico, servicio las veinticuatro horas... Qué más se podía pedir.

La música, acelerada y a todo volumen, resultaba cada vez más desquiciante. Siete días y seis horas más

allí hasta el vuelo de vuelta. Peter adivinó lo que estaba pensando y me apretó la mano.

—He traído algo para consolarte. —Rebuscó en la bolsa de playa y sacó dos periódicos alemanes.

Eran del día anterior, pero me puse contenta.

Habría podido leer las ediciones digitales en el móvil, pero le había prometido a mi marido dejarlo en la caja fuerte y sacarlo solo en caso de necesidad. Al cumplir los sesenta, el octubre de dos años antes, me había propuesto pasar menos horas en el bufete y cederles más responsabilidad a los compañeros más jóvenes. Aun así, seguía costándome delegar. No era capaz de enviar ningún documento sin haberlo repasado antes, y todavía anotaba todos los plazos en mi calendario personal.

—Ahora el bufete se llama Herbergen y Asociados, así que actúa en consecuencia —me recordó Peter cuando, durante la cena, le comenté el alegato de un colega.

Me había pasado las últimas semanas pegada al teléfono. El bufete iba bien y siempre había mucho que hacer. Necesitábamos un descanso, así que había dado mi brazo a torcer y el móvil estaba en la caja fuerte.

Mientras hojeaba el periódico, me pregunté hasta cuándo seguiría existiendo la prensa en papel. Seguro que pronto dejaría de ser rentable; la mayoría prefiere leer las noticias en el móvil, así que solo es cuestión de tiempo que dejen de imprimirse periódicos. También por motivos medioambientales. Perderemos mucho, estoy convencida de ello. Aunque quizá también lo diga porque me hago mayor y añoro las cosas de antes. Sin

embargo, cuando desaparezca la prensa impresa, ya solo leeremos aquello que busquemos. No podremos pasar páginas y encontrar por casualidad una reseña que nos haga comprar un libro que se convertirá en favorito, o un artículo sobre política que nos muestre un punto de vista completamente nuevo.

La pieza que estaba leyendo junto a la piscina del Maspalomas Royal también me habría pasado inadvertida. Fue pura casualidad que Peter me entregara ese periódico en un hotel de las islas Canarias, y que yo, en la monotonía de las vacaciones, encontrase la tranquilidad necesaria para hojearlo de principio a fin. Si no, nada de lo que sucedió en las semanas siguientes habría ocurrido.

LEGÍTIMA DEFENSA

«MILLONARIO PUESTO EN libertad. Fue legítima defensa».

Un pequeño texto de la sección de «Varios», en la última página del periódico:

El jubilado de Hundsmühlen que fue juzgado por el tribunal regional de Oldemburgo no tendrá que ir a prisión por haber matado a tiros a un ladrón que se daba a la fuga. El hombre actuó en legítima defensa, según ha declarado el portavoz del tribunal.

El pasado mes de octubre, Adrian S. irrumpió en la casa de Hans K., donde amenazó con un cuchillo y

agredió al jubilado. El asaltante, un rumano conocido por robos anteriores, registró la vivienda en busca de objetos de valor. El vigoroso jubilado consiguió levantarse para ir a buscar su arma de caza y, cuando el ladrón, de diecisiete años, pretendía darse a la fuga con un cuadro valorado en varios cientos de miles de euros, Hans K. le conminó a que se detuviera. Sin embargo, puesto que Adrian S. no hizo caso, el hombre disparó. El juez ha considerado que actuó en legítima defensa. «Uno tiene derecho a proteger sus posesiones —ha declarado el abogado de Hans K., entrevistado por este periódico—. Incluso con violencia, si fuera necesario».

Leí el artículo una segunda vez. Hans K., millonario de los alrededores de Oldemburgo. Los hechos habían tenido lugar el octubre anterior. Intenté recordar cuándo había recibido yo la llamada. Fue una tarde a mediados de octubre, ya había oscurecido. Hans Kleebach había acudido a mí dos años antes por fraude fiscal, un caso poco claro en el que conseguimos la absolución. Por entonces, Kleebach vivía en Berlín, pero me sonaba que era de la Baja Sajonia, igual que yo. Tal vez había regresado allí.

No era una persona especialmente agradable. Le gustaba alardear de su riqueza, hablaba en voz muy alta y casi siempre de dinero, coches y caza. De joven había estado a punto de morir atropellado en un accidente de tráfico en Estados Unidos; sobrevivió por los pelos, pero desde entonces necesitaba bastón para caminar. El conductor del descapotable rojo, de solo veinte años, había

consumido drogas. Su padre era un empresario adinerado, así que la familia le ofreció a Kleebach un millón de dólares, una cantidad inimaginable en aquella época. Él aceptó el dinero y retiró la denuncia. Regresó a Alemania siendo un nuevo rico y tuvo el buen ojo de invertir en una empresa de informática y luego en propiedades inmobiliarias, por lo que unos años después había multiplicado por más de diez su fortuna.

AQUEL DÍA ACABÁBAMOS de cenar cuando Kleebach llamó.

—¡Muy buenas noches, señora Herbergen! Espero que esté usted bien. —Parecía de muy buen humor. Era evidente que no le importaba llamar tan tarde, y eso que debían de ser ya pasadas las ocho—. Estoy aquí sentado con mi nieta, Emilia, que estudia Derecho, dándole vueltas a un trabajo que le han puesto en la universidad. Derecho penal. He pensado que sería más rápido hacerle a usted una breve consulta, y luego me pasa una factura en concepto de asesoramiento.

Todavía recuerdo lo que pensé entonces: «Los millonarios creen que pueden permitirse cualquier cosa». Y, por desgracia, casi siempre tienen razón: en un segundo estaba sentada en el escritorio con el teléfono en la oreja.

—Dispare.

Kleebach se echó a reír.

—Justo de eso se trata. Es muy sencillo. Un hombre le dispara a un ladrón a la fuga. ¿Está en su derecho?

Para fastidio de mi cliente, hay muchas cuestiones legales que no pueden responderse con un sí o un no rotundos. Primero le hablé de la potestad de detención. Si uno sorprende a un delincuente cometiendo una ilegalidad, tiene derecho a detenerlo, pero no a matarlo. Se quedó insatisfecho a todas luces.

—Entonces, ¿tienes que aguantarte y dejar que te roben?

Comprendí que alguien como él no se contentaba con ese desenlace.

—Por supuesto, también existe el derecho a la legítima defensa. Uno puede defenderse contra un ataque a su propiedad. Sin embargo, es necesario que el delito se esté produciendo. Su nieta debería comprobar en la exposición de los hechos si el agresor ya se había llevado algo.

Parecía estar tomando notas.

—En ese supuesto, todavía estaría produciéndose un ataque improcedente contra la propiedad. Aunque con eso no sería suficiente. El disparo al ladrón también debería ser inevitable.

Incluso en una situación de legítima defensa, siempre debe usarse el método menos dañino posible para poner fin a una agresión. Si se puede abatir al atacante de un puñetazo, hay que evitar disparar.

—En el caso de un arma de fuego, siempre que sea posible en términos cronológicos, hay que amenazar primero con intervenir, disparando un tiro de advertencia,

por ejemplo, y luego apuntar a las piernas. Con eso se conseguiría detener al ladrón, de modo que no debe dispararse con intención de matar.

—Pero un tiro así puede fallarse —arguyó.

—Por supuesto. Basta con que el agredido haya intentado apuntar a las piernas. Pero eso debería aparecer en la exposición de los hechos del trabajo.

Kleebach interrumpió un momento la conversación; dejó el auricular y lo oí hablar, tal vez para transmitir mis palabras a su nieta.

—Hay algo más que debe tenerse en cuenta —dije cuando volvió a ponerse al teléfono—. En principio, la legítima defensa no tiene por qué ser proporcional, pero, en caso de desproporción extrema entre la agresión y esta, el derecho a la legítima defensa podría ser revocado. El tribunal no lo habrá decidido aún de manera concluyente; su nieta debería argumentarlo.

Kleebach repreguntó:

—¿Y cuándo existe una desproporción de esa clase? ¿Puede ponerme un ejemplo?

—Cuando un ladrón huye con cien euros, cabe preguntarse si dispararle era lo más indicado.

—Pero... ¿con un botín mayor sería diferente?

—Sí. No siempre se considera que haya desproporción extrema al contraponer una vida con dinero. Tampoco hay que aceptar sin más un atentado grave contra la propiedad de uno. El bien no tiene por qué ceder ante el mal, como suele decirse. De modo que, si el autor de los hechos estuviera huyendo con un valioso jarrón

Ming, no se pondría límite alguno al derecho de legítima defensa.

Oí un bolígrafo deslizándose sobre el papel.

—Gracias, señora Herbergen. Nos ha ayudado mucho. ¿Sería tan amable de enviar la factura a mi apartado de correos? Ahora le mando los datos.

Le deseé mucha suerte a Emilia con su trabajo. La necesitaría. Lo que les había explicado eran conocimientos básicos de primer semestre. Le pedí a mi secretaria que preparara una factura ordinaria con suplemento de horario nocturno y no volví a pensar más en Hans Kleebach. Hasta el día en que leí la noticia sobre aquel millonario de Hundsmühlen.

Continúa en tu librería

**UN DESAFÍO A LAS NOCIONES
DE LA JUSTICIA, LA LEGALIDAD
Y LA ÉTICA, BASADA EN CASOS
REALES DE TRUE CRIME**

Eva Herbergen es una apasionada abogada penalista. Su trabajo consiste en proteger a las personas del castigo: el autor famoso, el millonario frágil, la madrastra abrumada. Sabe que no se necesita mucho para que alguien se convierta en criminal, quizá incluso en asesino. Un momento oscuro basta para marcar el punto de inflexión: ser víctima o agresor. Eva también lidia con estos límites, que ella misma ya ha cruzado, con los puntos ciegos de nuestro juicio moral. Con cada caso que Eva relata, en el que la línea entre la justicia y la ley se difumina, sus certezas se desvanecen. Hasta que se pregunta qué conclusiones debe sacar.

**NUEVE CASOS DE TRUE CRIME QUE
PONEN AL LECTOR CONTRA LAS CUERDAS.
UNA INMERSIÓN EN EL COMPLEJO MUNDO
LEGAL Y LAS BATALLAS INTERNAS
DE QUIENES LO HABITAN**



MAEVA

Fragmento del libro
A partir del 21 de enero
de 2026 en tu librería